

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion en el Castillo.

Entran EL REY, LA REINA, POLONIO, OFELIA
ROSENCRANTZ, y GULDENSTERN.

REY.

¿Y no pudisteis en manera alguna,
Obligarle á decir cuál es la causa
Que turba su quietud, y que lo induce
A esa cruel demencia que lo agita?

ROSEN.

Confiesa, sí, que se halla perturbado;
Pero cuál es la causa no revela.

GULDENSTERN.

Ni permite tampoco que la indaguen;
Pues, como loco, se repara astuto
Cuando ve que arrancarle pretendemos
Alguna confesion.

REINA.

¿Os vió gustoso?

ROSEN.

Nos recibió con mucha cortesía.

GULDENSTERN.

Pero sin duda alguna se esforzaba.

ROSEN.

Cauteloso en su trato; pero dando
Respuesta pronta á las preguntas nuestras.

REINA .

¿Alguna diversion le propusisteis?

ROSEN.

Es el caso, señora, que encontramos
En el camino á ciertos comeliantes:
De ello le hablamos y lo oyó gustoso:
En la corte ahora están; y me parece
Que ante él representan esta noche.

POLONIO.

Es cierto; y me ha pedido que rogara
A vuestras majestades su asistencia
A la funcion.

REY.

Con toda el alma mia.
Placer me causa verlo en tal camino.
Caballeros, seguidle estimulando
A que así se distraiga en los placeres.

ROSEN.

Así se hará, señor.
(*Vanse Rosencrantz y Guildenstern.*)

REY.

Gertrudis mia,
Déjanos tú tambien; pues he arreglado
Que, al llegar aquí Hamlet, cual si fuese
Casualidad se encuentre con Ofelia:
Su padre y yo, espías intachables,

Dispuestos para ver, mas de él ocultos,
Juzgaremos con calma la entrevista;
De su conducta entonces coligiendo
Si proviene su mal de esos amores.

REINA .

Os obedezco. Ofelia, á ti te digo,
Que, ojalá tu belleza sea la causa
Del delirio de Hamlet; porque espero
Que si es verdad, á su razon lo vuelvan,
Para dicha de ambos, tus virtudes

OFELIA.

Señora, Dios lo haga. (*Vase la Reina.*)

POLONIO.

Pasea aquí.—Señor, si bien os place:
Ocultémonos.—Tú, lee este libro; (*Á Ofelia.*)
Y así tu soledad se disimula
¡Con esa ocupacion. ¡Cuán á menudo
Nos prueba la experiencia que pecamos;
Pues con santo ademan y actos piadosos
Al diablo mismo sobornar queremos!

REY.

(*Aparte*) ¡Cuán cierto es; y cuán violentamente
Tales palabras mi conciencia azotan!
Con la beldad que imitan comparadas,
No menos feas son las falsas tintas
Que da á la tez de mujerzuela el arte
Que mis pintadas frases con mi crimen:
¡Oh dura carga!

POLONIO.

Ahí viene; á retirarnos.
(*Vanse el Rey y Polonio.*)

Entra HAMLET.

HAMLET.

¡Ser ó no ser, la alternativa es esa!
Si es á la luz de la razon más digno
Sufrir los golpes y puuzantes dardos

De suerte horrenda, ó terminar la lucha
 En guerra contra un piélago de males!
 Morir; dormir. No más y con un sueño
 Pensar que concluyeron las congojas,
 Los mil tormentos de la carne herencia,
 Debe término ser apetecido.

Morir; dormir. ¿Dormir; ¿Soñar acaso!
 ¡Ah! la rémora es esa; pues qué sueños
 Podrán ser los que acaso sobrevengan
 En el dormir profundo de la muerte,
 Ya de mortal envuelta despojados,
 Suspende la razon: ahí el motivo
 Que á la desgracia da tan larga vida:
 ¿Quién las contrariedades y el azote
 De la fortuna soportar pudiera
 La sin razon del déspota, del vano
 El ceño, de la ley las dilaciones,
 De un amor despreciado las angustias,
 Del poder los insultos, y el escarnio
 Que del menguado el mérito tolera
 Cuando él mismo su paz conseguiría
 Con un mero punzon? ¿Quién soportara
 Cargas, que con gemidos y sudores
 Ha de llevar en vida fatigosa,
 Si el recelo de un algo tras la muerte,
 Incógnita región de donde nunca
 Torna el viajero, no turbara el juicio
 Haciéndonos sufrir el mal presente
 Más bien que en busca ir de lo ignorado?
 Nuestra conciencia, así, nos acobarda;
 Y el natural matiz de nuestro brio,
 Del pensar con los pálidos reflejos
 Se marchita y así grandes empresas
 Y de inmenso valer su curso tuercen,
 Y el distintivo pierden de su impulso.—
 Pero silencio. ¡La gentil Ofelia!
 ¡Ah ninfal en tus plegarias
 Que todos mis pecados se recuerden.

OFELIA.

¿Cómo os hallais despues de tantos días,
 señor?

HÁMLET.

Mil gracias; bueno, bueno, bueno.

OFELIA.

Tengo, señor, recuerdos que me dísteis,

Y que hace tiempo devolver ansió:
 Os ruego, pues, que los tomeis ahora.

HÁMLET.

Yo no, yo no; jamás te di yo nada.

OFELIA.

Que es cierto, bien lo sabe vuestra alteza;
 Y con ellos palabras de tan dulce
 Hábito rodeadas, que aumentaron
 Su intrínseco valor; pero, ¡perdido
 Ya su perfume, reco radlos luego;
 Que estos ricos presentes nada valen
 Para quien alma generosa hubiere,
 Si quien los dió con su crueldad nos hiere:
 Tomad, señor.

HÁMLET.

¡Ya, ya! ¿eres honrada?

OFELIA.

¡Señor!

HÁMLET.

¿Eres hermosa!

OFELIA.

¿Qué quereis decir?

HÁMLET.

Que si eres honrada y hermosa, no debe haber trato
 alguno entre tu virtud y tu belleza.

OFELIA.

¿Podiera la belleza tener mejor comercio que con
 la virtud?

HÁMLET.

¡Bueno fuera! Más fácil es á la belleza transformar á
 la virtud en meretriz, que á la virtud lograr que la

belleza la iguala: antes, esto era una paradoja, pero las circunstancias lo han comprobado. Te amé.

OFELIA.

En verdad que me lo hicisteis creer.

HÁMLET.

No debieras haberme creído; porque, aunque en este carcomido tronco se ingerto la virtud, siempre habrá de notarse el primitivo sabor. No te amaba.

OFELIA.

Mayor, pues, fué mi engaño.

HÁMLET.

Vete á un convento: ¿por qué has de ser tú madre de pecadores? Yo, que soy honrado á medias, pudiera, sin embargo, echarme en cara tales cosas que más valiera que mi madre no me hubiera dado á luz: soy muy soberbio, vengativo, ambicioso, con más tentaciones criminales que pensamientos tengo para abarcarlas, imaginación para darles forma, ó tiempo para ceder á ellas. ¿Por qué se han de arrastrar entre el cielo y la tierra las gentes como yo? Somos unos miserables todos: ni creas á ninguno. Anda, vete á un convento. ¿En dónde está tu padre?

OFELIA.

En casa.

HÁMLET.

Que le cierren las puertas, para que no se ridiculice sino en su propia casa. Adiós.

OFELIA.

¡Ay, amparadle, santos cielos!

HÁMLET.

Por si te casas, toma este torcedor para tu doto: aunque seas cual el hielo casta, y pura cual la nieve

no evitarás la calumnja. Vete, vete á un convento. Adiós. O si necesario es que te cases, cástate con un necio: los discretos saben perfectamente que los convertís en monstruos. Vete á un convento, vete, y pronto. Adiós.

OFELIA.

¡Dios mio, volvedle á la razon!

HÁMLET.

Sé que os pintáis; lo sé perfectamente; que Dios os da una cara, y que os fraguéis otra; respingáis, os contoneáis, balbuciendo ponéis motes á lo que Dios cria y haceis pasar vuestra astucia por inocencia. Vete. No hablemos más de esto: me ha vuelto loco. Digo, que no ha de haber más casamientos: los ya casados, excepto uno, vivirán así: los demás que permanezcan solteros. Vete, vete á un convento.

(Vase Hamlet.)

OFELIA.

¡O noble inteligencia quebrantada!
Del político, el sabio y el soldado,
La voz, la prevision, la valentia,
De este reino la flor y la esperanza,
De la elegancia espejo fiel, modelo
Del galan, tú entre todos distinguido,
Postrado así! ¡No habrá mujer alguna
Más que yo desgraciada y miserable!
Yo que libé la miel de tus palabras,
Hoy tu razon tan clara y vigorosa
Discorde y bronca resonar escucho,
Como dulces campanas mal pulsadas;
Y de tus años juveniles veo
La hermosura sin par que se marchita
Por delirio cruel. Suerte traidora
Aquello ver ayer, ver esto ahora!

Entran el REY y POLONIO.

REY.

¡Amor! no tal: no es ese el sentimiento;
Y aunque inconexo su lenguaje fuera
No es él de un loco, no. Algo hay oculto
Que ¡neuba su tristeza; y yo me temo

Que cuando salga á luz, serán desdichas.
 Para evitarlas, pues, he decidido
 Que á Inglaterra inmediatamente vaya,
 Y demande el tributo no pagado:
 Quizás el mar, la tierra diferente
 Y objetos varios, de su pecho arranquen
 Escalco que ahí tanto predomina,
 Que empuja su cerebro, y que le impulsa
 A obrar fuera de sí.—¿Vos qué pensais?

POLONIO.

Decis muy bien: mas, sin embargo, creo
 Que el principio, el origen de su pena
 Fué despreciado amor.—Ofelia, ¡hola!
 De qué te habló su alteza no nos digas;
 Lo hemos oido—Haced lo que gustéis;
 Mas, si queréis, después de la comedia
 Que la Reina su madre le hable á solas
 Para inquirir de su afliccion la causa:
 Yo, si lo permitis, ocultamente
 Verlos quiero: si nada se descubre,
 A Inglaterra envidio, ó encerradlo:
 Segun vuestro buen juicio determine.

REY.

Así lo pienso hacer; que no es cordura
 No vigilar del grande la locura. *Vause.*

ESCENA II.

Salon en el Castillo.

Entran HÁMLET y algunos actores.

HÁMLET.

Te suplico que declames la relacion como yo te
 la he dicho, con lengua suelta: pues si la articulas,
 como hacen algunos actores, más me valiera que el
 pregonero de la ciudad recitase mis versos. Ni
 asterres el aire con las manos de este modo; sé me-
 surado: aun en el torrente, en la tempestad, en el
 torbellino, por decirlo así, de tu pasion, debes os-
 tentar alguna templanza, á fin de darle suavidad.

Me destroza el alma oír á un robustísimo y empu-
 lucado actor, hacer trizas y harapos la pasion que
 interpreta, y atronar los oidos del vulgo, á quien,
 por lo comun, conmueven sólo incomprendibles
 pantomimas ó ruidos. Haria azotar á quien así
 sobrepuja al mismo Trivigante: es ser más Herodes
 que Herodes: no los imites, te ruego.

PRIMER ACTOR.

Lo aseguro á vuestra alteza.

HÁMLET.

Tampoco has de ser demasiado suave: tu propio
 juicio sea tu guia: que corresponda la recien á la
 palabra y la paabra á la accion, poniendo especial
 cuidado en no ir nunca más allá de lo que reclama
 la sencillez de la naturaleza; porque todo lo que á
 ella se opone se opone igualmente al arte de dec a-
 mar, cuyo objeto, desde que se inició hasta hoy, fué
 y es, como si dijéramos, presentar fiel espejo á la
 naturaleza, mostrar á la virtud su verdadero sem-
 blante, al vicio su imágen propia, y ser fiel trasunto
 de la distinta faz y costumbres de cada época. Ahora
 bien, esto, ejecutado mal ó exageradamente, aunque
 haga gozar al ignorante, hará padecer al discreto;
 cuya aislada censura debes tener en más valiz que
 la opinion de un público entero. Actores he visto,
 y muy aplaudidos por cierto, cuya manera de decla-
 mar y accionar no era ni de cristianos, ni de paga-
 nos, ni de hombres siquiera, moviéndose y vocife-
 rando de tal modo, que más parecian seres hechos
 á destajo y mal, que seres racionales. Tan detesta-
 blemente imitaban la humanidad.

PRIMER ACTOR.

Confío en que nosotros hemos remediado, en
 algun tanto, estos defectos.

HÁMLET.

Remediados por completo; y que los graciosos
 no ejecuten más que lo que les esté indicado; por-
 que hay algunos, que inmotivadamente rien para
 hacer reír á una parte del público ignorante; aunque
 en el entretanto sea necesario atender á algun inci-

denté esencial de la comedia: esto es inicuo, y patentiza la miserable ambicion del necio que de esta manera abusa. Vete y preparanos. *(Vause los actores.)*

Entran

POLONIO ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN.

¡Y bien! señor mio, ¿verá el Rey este trabajo?

POLONIO.

Y la Reina tambien, y desde luego...

HÁMLET.

Haced que los cómicos se alisten. *(Vase Polonio.)*
(A Rosencrantz y Guildenstern.) ¿Quisiérais vosotros dos darles prisa tambien?

ROSENCRANTZ Y GUILDENSTERN.

Si, señor *(Vause Rosencrantz y Guildenstern)*

HÁMLET.

¡Hola, Horacio!

Entra HORACIO.

HORACIO.

Aquí, señor, estoy á la órden vuestra.

HÁMLET.

Horacio, yo en mi vida he visto un hombre Más honrado que tú.

HORACIO.

¡Señor querido!

HÁMLET.

No imagines siquiera que te adulo:
¿Qué puedes darme tú que yo apetezca,
Si no tienes más rentas que tus bríos
Para vivir? ¿A que adular al pobre?

No; que la mala lengua almirarada
La pompa absurda, y la servil rodilla
Dóblese do se premia la lisonja.
Escucha; desde que árbitra mi alma
Pudo un dia elegir y entre los hombres
Vino á diferenciar, se aunó contigo:
Tranquilo tus desgracias soportaste,
Tú, de la suerte el golpe y el halago
Recibiste con ánimo sereno;
Y benditos los hombres cuyo juicio
Con su temperamento se armoniza,
Por no ser instrumentos cuyas cuerdas
A su capricho la fortuna hiere.
Encuentre el hombre yo que no sea esclavo
De la pasion, y vivirá en mi pe ho,
Junto á mi corazon, como tú vives:
Pero basta. Esta noche se ejecuta
En presencia del Rey una comedia;
Y una de sus escenas, semejante
Es á las circunstancias de la muerte
De mi padre, que ya te he referido:
Al llegar ese paso, yo te ruego
Que con la intensidad de tu alma toda
Observes á mi tío: si evidente
Su crimen no aparece en ese instante,
Falso es el espíritu que vimos,
Y negras como el yunque de Vulcano
Mis indignas sospechas. Mira atento:
Clavados en su faz tendré mis ojos;
Y despues uniremos nuestros juicios,
Su aspecto analizando.

HORACIO.

Bien; si hurtare,
Nuestra atencion burlando, lo más leve
Durante la comedia, pago el robo.

HÁMLET.

A ver el espectáculo ya llegan;
Ocioso me han de ver; ocupa un puesto.
(Marcha dinamarquesa. Suenan clarines.)

Entran el REY, la REINA, POLONIO,
ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN y otros

REY.

¿Qué tal mi deudo Hámler?

HÁMLET.

Perfectamente bien: como el camaleón vivo del Aire, repleto de esperanzas; no cebareis faisanes con eso.

REY.

Nada tengo que responderte, Hámlet: esas palabras no me corresponden.

HÁMLET.

Ni á mí tampoco ya. *(A Polonio.)* ¿Decís que representásteis una vez en la Universidad?

POLONIO.

En efecto; y pasé por buen actor.

HÁMLET.

¿Que representásteis?

POLONIO.

Julio César: me mataron en el Capitolio. Bruto me mató.

HÁMLET.

Mal hizo en matar á tan distinguido compañero. —¿Están listos los cómicos?

ROSENCRANTZ.

Sí, señor. Esperan vuestras órdenes.

REINA.

Ven aquí, querido Hámlet, siéntate á mi lado.

HÁMLET.

No, señora: hay aquí más poderoso imán

POLONIO.

¡Hola! ¿Habeis oido? *(Al Rey.)*

HÁMLET.

¿Me permitiréis, señora, que me recline en vuestra falda? *(Sentándose á los piés de Ofelia.)*

OFELIA.

No, señor.

HÁMLET.

Digo, reclinar mi cabeza.

OFELIA.

Sí, señor.

HÁMLET.

¿Pensásteis que quería ofenderos?

OFELIA.

Nada pienso.

HÁMLET.

Dulce es pensar á los piés de una dama.

OFELIA.

¿Qué decís?

HÁMLET.

Nada.

OFELIA.

Alegre estais.

HÁMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Sí, señor.

HÁMLET.

Es cierto: bufonadas son. Pero, ¿qué ha de hacer uno sino estar alegre? porque, mirad, ¡qué contenta está mi madre; y mi padre murió hace sólo dos horas!

OFELIA.

No, señor, hace dos meses.

HÁMLET.

¿De veras? pues entonces vista de luto el diablo, yo me vestiré de gala. ¡Oh ciegos! ¿murió hace dos meses, y aún no está olvidado? Tengamos esperanzas: la memoria de un gran hombre tal vez subsista seis meses después de su muerte; pero, ¡válgame la Virgen! tendrá que edificar iglesias; ó, si no, nadie se acordará de él, como nadie se acuerda ya de aquel caballito de palo, cuyo epitafio es:

•Oh dolor, oh dolor.

El caballo de pato se olvidó.*

Suenan clarines.—Entran un Rey y una Reina abrazándose amorosamente. La Reina se arrodilla, haciendo protestas de su amor. El Rey la levanta y sobre su seno reclina su cabeza: se recuestan en un lecho de flores; y ella, viéndolo dorado, lo deja. Entra uno luego, quita al Rey su corona, la besa, vierte veneno en los oídos del Rey y váse. Vuelve la Reina: ve muerto al Rey y acciona apasionadamente. El envenenador, con otros dos ó tres acompañantes, vuelve á entrar, y parece condolerse como ella. Llévanse el cadáver. El envenenador agasaja con presentes á la reina, que resiste por algún tiempo, pero luego acepta su amor.—(Vánse.)

OFELIA.

¿Qué significa esto?

HÁMLET.

Desastres, por supuesto, nada más que desastres.

OFELIA.

Quizás esta pantomima sea el argumento de la comedia. *(Entra el prólogo.)*

HÁMLET.

Éste nos lo dirá: los cómicos no pueden guardar secretos, todo lo cuentan.

OFELIA.

¿Nos dirá lo que significa esa pantomima?

HÁMLET.

Y cualquier otra que le hagais ver: si vos no os avergonzais, lo que es él no se avergonzará de explicárosla.

OFELIA.

¡Qué malo, qué malo sois! Pero dejad me atender á la pieza.

PRÓLOGO.

Para nosotros pedimos
Y para nuestra tragedia,
Vuestra atención bondadosa,
Y necesaria indulgencia. *(Vase.)*

HÁMLET.

¿Pero es esto prólogo, ó mote de sortija?

OFELIA.

Breve es.

HÁMLET.

Como amor de mujer.

Entran dos actores.—Rey y Reina.

A. REY.

El rubicundo Febo en su carrera
Treinta vueltas cumplidas
Dio á las salobres ondas de Neptuno,
Y al par de Telus á la extensa esfera;
Y tambien treinta veces repetidas
Doce lunas al mundo han alumbrado
Con su fulgor prestado,
Desde que amor las almas nos ha unido
Y propicio las manos Himeneo
Con nudo bendecido,
Colmando así reciproco deseo.

A. REINA.

¡Pues otras tantas veces su carrera
Terminen sol y luna,
Sin que se enturbie nuestro amor siquiera!
Pero, ay negra fortuna!
Tan enfermo te encuentro y abatido
Que angustiada tu estado considero;
Mas, esta mi inquietud nada te allija,
La ansiedad femenil de amor es hija,
Ilusorio el peligro ó verdadero.
Lo inmenso de mi amor no se te esconde
Y mi inquietud tal vez á él corresponde,
Pues si el amor es grande
Temores son las dudas más ligeras,
Y allí el amor florece
En donde ese temor se arraiga y crece.

A. REY.

Pronto, mi dulce bien, debo dejarte:
Desfallecer me siento lentamente.
En esta tierra hermosa,
Honrada, amada, vivirá dichosa;
Y un esposo quizás tan indulgente
Cual yo he sido...

A. REINA.

Por Dios, cierra tu boca;
¡En mi otro amor mi indignacion provoca!
Si por la vez segunda me desoso
De Dios eterna maldicion espero.

La que se casa con segundo esposo
Es que mató al primero.

HÁMLET.

(*Aparte.*) Acibar, acibar.

A. REINA.

Nunca á un segundo matrimonio unido
Puede ir el amor, va la codicia:
Mato segunda vez á mi marido
Cuando segundo espo. o me acaricia.

A. REY.

Yo bien sé que ahora sientes cual te expresas;
Pero es cosa segura
Que á veces vanas son nuestras promesas.
El propósito esclavo del recuerdo,
Robusto nace, pero poco dura.
La fruta verde al trónc. está adherida,
Mas cae sin violencia desprendida
Estando ya madura;
Y el pagar e. forzoso que olvidemos
Si deudas con nosotros contraemos.
El fin que apasionada
Quiere el alma alcanzar, su objeto pierde
La pasión apagada.
Las fuerzas del dolor y la alegría
Con su propia violencia se consumen:
Tras gran placer el llanto nos destroza;
El gozo ¡ena al fin, la pena goza.
El mundo no es eterno, y, en resúmen,
No debe extraordinario parecerse
Que cambie nuestro amor con nuestra suerte:
Pues aún no está probado
Si es el amor quien guía á la fortuna
O es p. r e la guiado.
Si el grande cae, sus amigos huyen;
Pero, si sube el pobre,
Sus mismos enemigos á él afluyen.
Siempre el amor á la fortuna sigue:
Tiene amigos; quien no los necesita:
Mas, si la suerte acaso nos persigue,
Y al falso amigo acudes, en recurso
De tu enemigo al punto se acredita.
Mas mi comienzo es fin de mi discurso:

Propósitos cumplir no nos es dado.
 Que opuestos son la voluntad y el hado:
 Son nuestros pensamientos de nosotros,
 Mas su tendencia no: tú crees, es cierto;
 Que no te casarás por vez segunda:
 Creencia tan profunda
 Quizás muera también, tu esposo muerto.

A. REINA.

Ni la tierra sus frutos me conceda,
 Ni luz el cielo hermoso;
 Ni de día tener placeres pueda
 Ni de noche reposo;
 Que pierda toda fe, toda esperanza;
 Presa en cárcel oscura,
 Del ermitaño envidie el alimento;
 Contrariedades en fatal momento
 Palidezcan la faz de mi ventura,
 Y el dolor me persiga paso á paso
 Si, viuda, segunda vez me caso.

HÁMLET.

¿Y si ahora rompe el voto?

A. REY.

¡Con tu alma juras! Déjame, querida,
 Un rato aquí; mis fuerzas van faltando
 Y las pesadas horas de mi vida
 Conciliaré durmiendo. (*Se duerme.*)

A. REINA.

El sueño blando
 Tu cerebro repare,
 Y nunca aciaga suerte nos separe. (*Vase.*)

HÁMLET.

(*A la Reina.*) Señora ¿qué os parece esta comedia?

REINA.

La dama promete demasiado quizás.

HÁMLET.

¡Oh! pero cumplirá su palabra.

REY.

¿Conoces el argumento? ¿No hay en él nada que ofenda?

HÁMLET.

No, no, todo es de mentirillas; envenenamientos de mentirilla; nada hay en ello que ofenda.

REY.

¿Qué título tiene?

HÁMLET.

«La Ratonera.» ¿Por qué, me direis? Es título metafórico. Esta comedia representa un asesinato cometido en Viena: el duque se llamaba Gonzago; su mujer Batista. Ya vereis, es un argumento horrible; pero, ¿qué importa! A vuestra majestad y á nosotros todos, que tenemos puras las almas, no nos puede herir. Padezca el pobre peno que tenga mataduras; nuestros lomos están sanos.

Entra LUCIANO.

HÁMLET.

Este es un tal Luciano, sobrino del Rey.

OFELIA.

Sois una especie de coro.

HÁMLET.

Pudiera hablar por vos y vuestro amante, sólo con ver ambas figuras.

OFELIA.

Qué agudo, qué agudo sois.

HÁMLET.

Os costaría más de un suspiro el perder yo mi agudeza.

OFELIA.

En eso hay de bueno y de malo.

HÁMLET.

Como en los maridos que teneis que elegir —
Principia asesino: termina esas malditas muecas, y
principia; vamos.

•Venganza pide ya graznando el grajo.•

LUCIANO.

Negros designios, mano diligente,
Drogas nocivas, critico momento,
Proicia la ocasion, nadie presente,
¡Oh tósigo violento!

De hierbas recogidas á deshora,
Por Hecate tres veces marchitadas
Y tres inficionadas!

Que tu magia fatal, y tu violencia
Usurpen del vivir la dulce esencia.

(Vierte el veneno en los oídos del Rey.)

HÁMLET.

Lo envenena en su huerto para apoderarse de sus
Estados. Su nombre era Gonzago: es verdadera his-
toria, y se halla escrita en italiano en lenguaje es-
cogidísimo: ya vereis más adelante cómo el asesino
logra ser correspondido por la mujer de Gonzago.

OFELIA.

El rey se levanta.

HÁMLET.

¡Qué! ¿Le asusta el fuego fátuo?

REINA.

¡Qué teneis? *(Al Rey.)*

POLOÑO.

Cesé la representación.

REY.

Lucas; ¡vámos de aquí!

POLOÑO.

¡Lucas, Lucas, Lucas!

(Vánse todos, ménos Hámlet y Horacio.)

HÁMLET.

Que flore el ciervo que cayó postrado.

Goce la res no herida;

A uno velar, á otros dormir es dado:

Así pasa la vida.

Si se me cierran todas las puertas de la muerte,
con esta manera de declamar que tengo, con un
bosque de plumas, y con dos rosas provenzales
como moñus en mis zapatos escotados; dime, ¿no
podré aspirar á ser partícipe en una compañía de
cómicos?

HORACIO.

De fijo os darán media parte.

HÁMLET.

¡Qué! ¡Una parte entera!...

Porque ya sabes ¡oh Damon querido!

Que este reino perdió

A su Jove; después le ha sucedido

Este pavo real.

HORACIO.

Pudiérais haber terminado en consonante.

HÁMLET.

¡Ay, mi querido Horacio! Apuesto mil libras á
que el espíritu tiene razon: ¿observaste?

HORACIO.

Si tal, señor.

HÁMLET.

¿Al tratarse del envenenamiento?

HORACIO.

Muy bien que lo observé.

HÁMLET.

¡Já, já! ¡Suene la música! ¡Vengan los flautistas
Que si el Rey la comedia pone en ascuas,
Será que no le gusta y santas pascuas.
¡Música! ¡Música!

Entran GULDENSTERN y ROSENCRANTZ.

GULDENSTERN,

Permitidme, señor, una palabra.

HÁMLET.

Te permito una historia entera.

GULDENSTERN.

El rey...

HÁMLET.

Y bien ¿qué le pasa?

GULDENSTERN.

Está en su aposento destempladísimo.

HÁMLET.

¿Ha bebido?

GULDENSTERN.

No, señor, es más bien blis.

HÁMLET.

Pues debías tener discernimiento bastante para
conocer que eso atañe á su médico; porque si yo le
doy medicinas quizás aumente su blis.

GULDENSTERN.

Señor, respondedme acorde y no os apartéis tan
violentamente del asunto.

HÁMLET.

Seré dócil: prosigue.

GULDENSTERN.

Vuestra madre la reina, en el extremo de la aflic-
cion, aquí me envía.

HÁMLET.

Bien venido.

GULDENSTERN.

Señor, esta cortesía es extemporánea. Si queréis
responderme acorde, obedeceré las órdenes de vues-
tra madre, si no, cumplo con pedir os perdon y re-
tirarme.

HÁMLET.

Pues no puedo.

GULDENSTERN.

¿Qué, señor?

HÁMLET.

No puedo responderte acorde; mi cerebro está
enfermo, pero hasta donde alcance, te complaceré
contestándote: ó más bien, como dices, complaceré
á mi madre: conque basta, y vamos al asunto; mi
madre dice....

ROSENCRANTZ.

Pues dice así: que vuestra conducta la ha admira-
do y asombrado.

HÁMLET.

¡Oh hijo maravilloso que así puede asombrar á una madre! Pero no sigue nada como reata á esa materna admiración? di.

ROSENCRANTZ.

Desea hablarnos en su aposento, ántes que os recojais.

HÁMLET.

Obedeceremos, aunque fuese diez veces nuestra madre. ¿Teneis algun otro asunto con nos?

ROSENCRANTZ.

Señor, en pasados tiempos me estimábais.

HÁMLET.

Y ahora tambien, te lo aseguro por estos diestramandamientos.

ROSENCRANTZ.

¿Cuál es el motivo de vuestra perturbacion? Cerrad las puertas de vuestra libertad, si no comunicis vuestras penas con vuestros amigos.

HÁMLET.

Ambiciono ser más de lo que soy.

ROSENCRANTZ.

¿Cómo puede ser eso, cuando el Rey mismo os vea recí como sucesor al trono de Dinamarca?

HÁMLET.

¡Ya, caballero! Pero, mientras, la hierba crece. ¡Mientras tiene el céfiro!

¡Vuelven á entrar los actores y músicos.

¡Hola, los flautistas! dadme una.—¿Que me vaya

con vosotros? ¿Por qué me seguís por todas partes, ganándome el barlovento, y obrando como si quisierais hacerme caer en una trampa?

GUILDENSTERN.

Señor, mi deber me hace demasiado atrevido, y mi cariño poco cortés.

HÁMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quisieras tocar esta flauta

GUILDENSTERN.

Señor, no sé.

HÁMLET.

Te lo ruego.

GUILDENSTERN.

Creedme que no sé.

HÁMLET.

Te lo suplico.

GUILDENSTERN.

Ni siquiera sé hacerla sonar.

HÁMLET.

Es tan fácil como el mentir. Coloca tus dedos en estos agujeros: sopla y verás qué preciosa música sale: mira, estos son los registros.

GUILDENSTERN.

Pero no podré lograr que salga de ella melodía ninguna; no tengo la necesaria habilidad.

HÁMLET.

Pues oye: ¡se te figura que valgo yo tan poco! A mí, sí, me quieres hacer sonar. Parece que conoces

todos mis registros; quieres sacarme hasta el corazón de mi secreto; quieres que vibren todas mis notas, desde la más baja hasta la más aguda de mi escala; pues te advierto que hay aquí mucha música; que tiene precioso timbre este pequeño instrumento... pero no lo harás sonar. ¡Voto vál! ¿Se te figura a tí que soy más fácil de tocar que una flauta? Llámame el instrumento que se te antoje; me destempearás, pero no lograrás tañerme.

Entra POLONIO.

Dios os bendiga, caballero.

POLONIO.

Señor, la Reina quiere hablaros ahora mismo.

HAMLET.

¿Veis esa nube cuya forma es semejante á la de un camello?

POLONIO.

¡Por la Virgen! en efecto es muy semejante á un camello.

HAMLET.

Quizás se parezca á una comadreja.

POLONIO.

El lomo es de comadreja.

HAMLET.

¿O á una ballena?

POLONIO.

Igual á una ballena.

HAMLET.

Pues veré á mi madre luego. (Aparte.) Quieren burlarme el tonto á mas no poder. Iré más tarde.

POLONIO.

Así lo diré. (Váse Polonio.)

HAMLET.

(Aparte.) Más tarde se dice facilmente. Dejadme amigos.

(Váuse todos, ménos Hamlet)

De maleficios es hora siniestra,
Cuando se abren las tumbas y el infierno
Lanza al mundo sus males: puedo ahora
Sangre hirviendo beber, hacer que el día
Mis fieros actos con espanto mire.
¡Silencio! Ahora al cuarto de mi madre.
Tus afecciones corazón no pierdes.
No el alma de Nerón entre en mi pecho;
Cruel seré, mas no feroz: e solo
Puñal que esgrimiré serán palabras:
Sed hipócritas, a ma y lengua mias;
Y, aunque mis frases con furor la hieran,
¡Evita, corazón, que cuerpo adquieran!

ESCENA III.

Salon en el Castillo.

Entran el REY, ROSENCRANTZ y GUIDENSTERN

REY.

No me agrada su estado, ni es prudente
Dejarle en libertad, y, por lo tanto,
Preparaos; al punto credenciales:
Extenderé; é irá en compañía vuestra
A Inglaterra: no es justo que se arriesgue
La general salud por sus caprichos.

GUIDENSTERN.

Nos hallamos dispuestos: santo y pio
Es proteger á tantos como viven
De vuestra majestad bajo el amparo.

ROSENCRANTZ.

La vida nuestra preservar se debe
De todo mal, con el vigor y armas
Que dá la inteligencia. Más esfuerzos,
No obstante, se han de hacer, si de esa vida
Dependen otras vidas. Si el Rey muere
No muere solo; que con él se abisma,
En fatal remolino, cuanto hay cerca:
Es rueda poderosa colocada
En alto monte: á sus gigant's rayos
Concurren adherencias infinitas;
Si cae, cada parte del conjunto,
Por pequeña que sea, en el terrible
Destrozo ha de sufrir: que van Unidos
Siempre al gemir del Rey, otros gemidos.

REY.

Para el viaje, preparaos os ruego,
Que es fuerza encadenar estos temores:
Que libres vagan.

ROSENCRANTZ y GULDENSTERN.

Presto estamos listos,

(Váanse Rosencrantz y Guildenstern.)

Entra POLONIO.

POLONIO.

Señor, vá al gabinete de su madre:
Oculto yo detrás de los tapices
Escucharé: le piensa hablar al alma;
Y, cual dijisteis vos con gran cordura,
A otro escuchar cuanto suceda toca
Además, de una madre, pues las ciega
La natural parcialidad. Quedaos
Con Dios, señor. Sabreis lo que ocurriere
Antes que os recojais (Váse Polonio.)

REY.

Os lo agradezco.

¿Mi crimen cuán corrupto hedor exhala!
Su hábito infecto hasta los cielo sube.
Sobre él cayó la maldición primera.

El fratricidio! Ni rezar yo puedo,
Que aunque es mi inclinacion cual mi vehemente
Voluntad entregar y e á la plegaria,
Cede de mi propósito la fuerza
A la fuer-a mayor de mi delito;
Y, cual hombre que emprende dos tareas,
Ocioso y sin saber darl's comienzo
Desatendiendo á las dos. ¿Aunque se hallara
Aún másañida con fant.rna sangre
Esta maldita mano, no hay ocio
Bastante en ese cielo bondadoso
Para que bla.ca cual la nieve brille?
¿Y la misericordia á qui. conduce,
Si á la faz del delito no hace frente?
La oracion, ¿de qué sirve si no evita
Cner en el pecado, ó si no logra
El perdón para aquel que ha delinquido?
¿Alta mi frente, pues! ¿Pasó mi culpa!
Mas ¿qué forma de rezo li. de valerme?
No ha de ser .Perdonad mi atroz delito;
Pues gozando me encuentro todavía
Las consecuencias toda. de mi crimen.
Del cetro, del poder y de mi esposa...
¿Perdón no cabe y retener la prenda?
Én la impusa corriente de este mundo
Puede del crimen la dorada mano
Aparta. á la ley; y aún muc. as veces
La infame; re-a á la justicia compra.
No así en el cielo; nada allí se oculta;
Allí forzosa es la consecuencia,
Y en su íntimo ser nuestros pecados
Allí á las claras o: tentarse deben.
Y entonces ¿qué me resta? Arrepentirme.
Pero si arrepentirme yo no puedo,
¿Qué puedo hacer? ¡Oh situación tremenda!
¡Oh corazon más negro que la muerte!
¡Oh alma aprisionada, más e trechas
Tus lazos a. luchar para libra tel
¡Cielos, favor! ¡Probedmos! Prosternaos
Tercas rodillas; corazon de acero,
Suave cual las fibras de criatura
Que acaba de nacer, muéstrate ahora:
¿Quizás perdón alcancel (Se arrodilla.)

Entra HAMLET.

HAMLET.

(Saca la espada.)

Ahora rezando está; puedo ahora mismo
Hacerlo, y lo he de hacer. Al cielo vaya;

Así me vengaré.—Reflexionemos:—
 Un infame asesina al padre mío,
 Y yo, su único hijo, al vil infame
 Por ello envío al cielo.
 Esto es paga; salario: no venganza.
 Asesinó a mi padre entre sus goces
 Con sus culpas en flor, cuál se halla el campo
 En Mayo vigoroso; y hoy quién sabe
 Cómo sus cuentas quedarán saldadas;
 Mas, según lo entendemos, árdun empresa
 Será la suya. ¡Y yo vengarme ansío
 Quitándole la vida en el instante
 De aerisolar su alma cuando limpia
 Se encuentra y apta para el viaje eterno?
 ¡No!
 Detente, espada, y dá más fiero golpe.
 Ó beodo, ó dormido, ó iracundo,
 Recostado en su lecho incestuoso,
 Jugando, ó maldiciendo; en cualquier acto
 Que su posible salvació no implique:
 Hédrelo entónces: maldecida y negra
 Su alma por siempre viva en el infierno
 Donde arrojado de cabeza caiga.
 Mi madre espera. Medicina ha sido
 Con que prolongas tu existir podrido.

REY.

(Levantándose.) Mis palabras se van y mis ideas
 Quedan aquí: jamás alcanzan el vuelo
 Huecas palabras, sin valor, al cielo.

ESCENA IV.

Gabinete de la Reina.

Entran la REINA y POLONIO.

POLONIO.

Pronto debe venir. Habladle al alma;
 Sepa que no se sufren sus locuras;
 Que vuestra majestad ha intervenido

Y un cúmulo de males ha evitado.
 Aquí me oculto. Habladle recio.

HÁMLET.

(Dentro)

¡Madre!

¡Madre! ¡Madre!

REINA.

Sí tal, tengo de ha cerlo.
 No temais: ocultaos; aquí llega.
 Entra HÁMLET.

Y bien, madre, ¿qué ocurre?

REINA.

Has ofendido
 Mucho á tu padre, Hámlet.

HÁMLET.

A mi padre
 Mucho habeis ofendido, madre mía.

REINA.

Vamos, vamos, con lengua suelta hablas.

HÁMLET.

Idos, idos, hablais con lengua torpe.

REINA.

¿Qué es esto, Hámlet?

HÁMLET.

¿Qué es lo que ahora ocurre?

REINA.

¿Te olvidas de quién soy?

HÁMLET.

No, por mi vida,
No tal: vos sois la Reina, sois la esposa
De aquel que hermano fué de vuestro esposo;
Y, ojalá así no fuera, sois mi madre.

REINA.

Pues te enviaré quienes hablarte sepan.

HÁMLET.

Vamos, vamos, sentaos; quieta, inmóvil:
Mientras que en el espejo que os presente
Vuestro íntimo ser se patentize.

REINA.

¿Qué pretendes? ¿Atentas á mi vida?
¡Ay, socorro, socorro!

POLONIO.

(Detrás del tapiz.)

¡Eh, socorro!

HÁMLET.

¡Hola! ¿Una rata? ¡Muerta! ¡pardiez, muerta!
Atraviesa con su espada el tapiz y hierve á Polonio

POLONIO.

¡Ay, muerto soy! *(Muere.)*

REINA.

¡Triste de mí! ¿Qué hiciste?

HÁMLET.

Yo nada sé. ¿Quizás el Rey, no es cierto?

REINA.

¡Oh cuán violenta, cuán sangrienta hazaña!

HÁMLET.

¡Sangrienta, sí! Tan torpe madre mía
Como fuera matar al soberano,
Para casarse luego con su hermano.

REINA.

¡Matar al soberano!

HÁMLET.

Sí, señora,

Eso dije. *(Levantando el tapiz y descubriendo Polonio.)*

Tú, misero atrevido,
Estúpido ocioso, adiós. Pensaba
Que eras más distinguido personaje:
Tu triste suerte acepta. ¿Ya habrás visto
Que la curiosidad sus riesgos tiene!
¡No ret rasas las manos: no! sentaos:
El corazón dejadme que os retuerza:
Y lo haré, si está hecho de sustancia
Compresible, quizás endurecido
El hábito lo haya de tal modo
Que á prueba esté de todo sentimiento.

REINA.

¿Mas qué hice yo, que con tan rudas frases
Vibras tu lengua contra mí?

HÁMLET.

Tal crimen
Que á la modestia su sonrojo quita,
Y á la virtud, hipócrita proclama,
Aja la rosa de la casta frente
De un puro amor, y, en su lugar, imprime
Mancha oprobiosa: los nupciales votos
En juramentos de t hures trueca:
¡Oh, tal hazaña que del sacro pacto
Mata el alma, y en juego de palabras
La religión convierte: enrojecido
El sol, sobre esta masa inmunda y tosca,
Con triste aspecto horrorizado brilla,
Cual si el juicio final se aproximara!

REINA.

¡Ay de mí! ¿qué delito he cometido,
Que así lo anuncias con tu voz de trueno?

HÁMLET.

Mirad el cuadro aquel, y mirad éste.
Retratos fieles son de dos hermanos.
En esta frente ved cuánta nobleza!
Son de Apolo sus rizo: su semblante
De Júpiter; de Marte su mirada
En dignidad y en altivez henchida;
Su porte de Mercurio cuando posa
En el cerúleo monte: tal conjunto
De belleza, formada parecía
En competencia por los dioses todos.
Para mostrar lo que es un hombre al mundo:
Era vuestro marido. Ved ahora:
Mirad aquí; vuestro marido es ese;
Podrida mies que corrompió al hermano.
¿Acaso tenéis ojos? ¿Es posible
Que aquel collado espléndido dejarais
Para pacer en valle cenagoso?
¡Ah! ¿Tenéis ojos? No es amor, por cierto:
A vuestra edad la sangre ya no hierve,
Y esclava es del juicio; más, ¿qué juicio
Así escoge? Sentís, sin duda alguna,
Puesto que acción tenéis; paralizado,
Sin embargo, está en vos el sentimiento.
No puede errar así ni aun la locura:
Ni la razón ni la demencia pueden
Jamás de tal manera esclavizarse,
Para no ver tamaña diferencia.
¿Qué espíritu infernal entre sus redes
De tal manera seduciros pudo?
Con la vista sin tacto, con el tacto
Sin vista, con oír sin tacto ó vista,
Con el aislado olfato, ó una parte
Imperfecta tan sólo de un sentido,
No hubierais así errado.
¿Dónde están, ¡oh vergüenza! tus sonrojos?
Rebelde infierno, pues así en los hueros
De una matrona á sedición induces,
Para la ardiente juventud cual cera
Que sea la virtud, y derretida
Arda en su propio fuego. Cese al punto
Toda modestia si á excitar nos llega

El indómito ardor de las pasiones;
Puesto que arde hasta la misma nieve,
Y el juicio prostituye los deseos.

REINA.

Cesa, Hámlet, mis ojos á mi alma
Diriges; ¡y allí veo tan horrendas
Y negras manchas que borrar no puedo!

HÁMLET.

No tal: viviendo en el calor inundo
De un hediondo lecho, enardecido
Por la vil corrupción; y allí y en ese
Lupanar asqueroso, prodigando
Vuestro amor.

REINA,

Cesa, cesa; tus palabras,
Puñales son, que mis oídos hieren:
No más, Hámlet amado.

HÁMLET.

Un asesino,
Un infame, un esclavo; que no alcanza,
Ni la centava parte tan siquiera
Del valer que tenía vuestro esposo;
Un ridículo Rey; y un vil ratero,
Que usurpó dignidad y poderío,
Y sigiloso, la imperial diadema
Hurtó y llevó consigo!

REINA,

¡Calla! ¡Calla!

HÁMLET.

¡Monarca de remiendos y de andrajos!
Entra la sombra.
Salvadme, recubrid con vuestras alas,
— Angeles de mi guarda, el alma mía.
¿Qué pretendéis, oh veneranda sombra?

REINA.

Demente está.

HÁMLET.

¿Venís á vuestro hijo
Á reprender, que el tiempo y las pasiones
Deja pasar, sin que por obra ponga
Vuestra tremenda orden? Respondedme.

LA SOMBRA.

No lo olvidés: á verte vengo sólo
Para avivar tu amortiguada empresa.
Mas contempla el espanto de tu madre,
Dale auxilio en la lucha que sostiene
Su alma, que en el ser de cuerpo frágil
Obra con más vigor la fantasía:
Háblale, pues.

HÁMLET.

¿Cómo os sentís, señora?

REINA.

¡Ay! ¿Tú como te sientes, que tu vista
Se fija en el espacio; y con el aire
Incorpóreo discurre? Por tus ojos
Tu alma agitada asoma; y, cual soldado
Cuyo sueño la alarma interrumpiera,
Tus peinados cabellos se incorporan
Y erizados se ven. ¡Oh dulce hijo!
Sobre el calor y llama de tu pena
¡Pria paciencia vierte. ¿Qué estás viendo?

HÁMLET.

A él, á él! ¡Cuán pálido allí brillal
Tal forma y causa tal, aun á las piedras
Lograran conmovér. No me mireis,
Pues con ese mirar tan lastimero
Mi cólera aplacais; y faltaria
A mi empresa su tinte fiel, que es sangre,
No lágrimas.

REINA.

¿Mas eso, á quién lo dices?

HÁMLET.

¿Nada allí veis?

REINA.

No, nada; y, sin embargo,
Veo todo á mi alrededor.

HÁMLET.

¿Ni oísteis nada?

REINA.

Nuestras voces tan sólo.

HÁMLET.

¡Pues miradle!
Vedle ahí deslizarse lentamente.
¡Mi padre: cual en vida se vestía!
¡Ved dónde va! ¡Mirad o: por la puerta!
(Vase la sombra.)

REINA.

Es la creación de tu cerebro sólo;
El delirio nos forja esos fantasmas.

HÁMLET.

¡El delirio! Mi pulso, como el vuestro
Acompasado late; no es locura
Lo que acabo de hablar; ponedme á prueba.
Que yo os repetiré cada palabra,
Imposible tarea para un loco.
¡Ay! si salvaros pretendéis ¡oh madre!
Al alma no apliqueis la grata untura
De creer que es la voz de mi demencia,
No la de vuestro crimen la que os habla:
Tan sólo castraréis la superficie
Del lugar ulcerado mientras viva
La corrupción, minándoo las entrañas.
Seguirá ocultamente. Confesaos
Al cielo; del pasado arrepentios;

Mirad al porvenir; no cultiveis
 Y hagais crecer la yerba ponzoñosa.
 Perdonad mi virtud; en estos tiempos
 De goces y de orgullo es necesario
 Que perdon la virtud al vicio pida,
 Que le suplique, sí, que lo agasaje
 Aun para hacer el bien.

REINA.

Has dividido
 Mi corazón ¡oh Hámlet! en mi pecho.

HÁMLET.

Pues arrojad la parte más dañada
 Y más pura vivid con la otra parte.
 Adiós. Huid del lecho de mi tío;
 Si no sois virtuosa, parecedlo.
 La costumbre, ese monstruo que devora,
 Genio infernal, los sentimientos todos,
 Ángel á veces es cuando los actos
 Que se encaminan hácia el bien recubre
 De apropiado disfráz. Por esta noche
 Absteneos, y así más fácilmente
 La siguiente lo hareis, y la otra luego;
 Que el hábito cambiar á veces logra
 De la naturaleza el sello mismo:
 Dominad al demonio, ó arrojadlo
 Lejos de vos. Adiós, por vez segunda.
 Y cuando deseis ser bendecida,
 Yo vuestra bendición vendré á pedirlos.
(Señalando á Polonio.)
 En cuanto á vos, señor, yo me arrepiento:
 Pero el cielo ha querido que así sea;
 Castigarme con vos y á vos conmigo,
 Sirviendo yo de azote y de verdugo.
 De él cuidaré: yo me me hago responsable
 De su muerte. Quedad con Dios, repito.
 A la crueldad mi compasión me obliga
 El mal principia: lo peor que siga.
 Una palabra más: oíd, señora.

REINA.

¿Qué es lo que debo hacer, di?

HÁMLET,

Por supuesto.
 Nada hagais vos de lo que hacer os pido.
 Que ese beodo rey vuelva á llevaros
 Otra vez á su lecho que os comprima
 La mejilla festivo: que os titule
 Su paloma, y os haga en justo premio
 De un par de inmundos besos, de halagros
 El cuello con sus dedos maldecidos,
 Todo lo aquí ocurrido revelarle.
 Que no estoy loco en realidad, que es sólo
 Fingida mi locura: es conveniente
 Que así se lo digais. ¿Cómo es posible
 Que quien es solamente reina, hermosa,
 Discreta y buena, y nada más, de un zorro,
 De un murciélago vil, de un sapo inmundos
 Oculte nuevas de importancia tanta?
 ¿Ni quien lo puede hacer? Aunque se ponga
 A la razón, á toda conveniencia,
 Abrid la puerta de la jaula y vuelen
 Los pájaros que hay dentro; y, cual el mono
 Amigo de experiencias en la trampa
 Introducidos, y morid en ella.

REINA.

Te lo aseguro: si el hablar se forma
 Con el aliento, y el aliento es vida,
 La vida que yo tengo no me alcanza
 Para alentar siquiera lo que has dicho.

HÁMLET.

Ya sabéis que me envían á Inglaterra.

REINA.

¡Ay, lo olvidaba, sí, ya está arreglado!

HÁMLET.

Sé que pliegos cerrados me acompañan:
 Y mis dos compañeros de colegio,
 De quienes cual de víboras me tío,
 Órdenes llevarán: han de barrerme
 De la maldad la vía por completo:

Trabajaré; que es divertido lance
Hacer saltar al ingeniero mismo
Con su propio petardo; suerte adversa
Será la mía, si cavar no logro
Mi mina por debajo de la suya,
Para hacerlos volar hasta las nubes:
Es diversion perfecta
Dos ingenios chocar en línea recta.—
Este hombre ha de hacer que con él cargue:
Arrojaré sus restos allá dentro.
Madre, quedad con Dios. Cuando vivia
Este ministro, ya tan silencioso,
Tan quieto, de apariencia tan severa,
¡Charlatan y bribon y necio eral
¡Vamos, pues, caballero! ¡Concluyamos!
¡Madre, quedad con Dios!
(*Vase Hamlet arrastrando á Polonio.*)